



## SANTA TERESA DE JESÚS, LIBRO DE LA VIDA

EDICIÓN, ESTUDIO Y NOTAS DE FIDEL SEBASTIÁN MEDIAVILLA,  
MADRID, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, BARCELONA, CÍRCULO DE  
LECTORES/GALAXIA-GUTENBERG, 2014

FRANCISCO CROSAS, APE GARCILASO DE LA VEGA

El próximo día 28 de marzo se cumplen quinientos años del nacimiento de santa Teresa de Jesús. En 1588, tan sólo seis años después de su muerte, buena parte de su producción literaria salía en letra de molde, nada menos que de la mano de fray Luis de León. Bajo su supervisión, y precedidas de una memorable carta dedicatoria, *Los libros de la madre Teresa de Jesús*, se imprimieron por primera vez en la ciudad de Salamanca, en el taller de Guillermo Foquel. Incluían: el *Libro de la vida*, *Camino de perfección* y las *Moradas* o *Castillo interior*. Para la revisión y establecimiento del texto que se había de reproducir, fray Luis contó con los autógrafos de la santa. Por lo que toca al manuscrito del *Libro de la vida*, a la muerte del agustino, pasó directamente a la biblioteca de El Escorial, a petición de Felipe II, que le asignó un lugar de honor, junto con otras reliquias, que se consideraban originales de san Agustín y san Juan Crisóstomo.

El prestigio que siempre han rodeado a las ediciones príncipe, y la imposibilidad de cotejar de nuevo el autógrafo, llevó a los sucesivos editores del *Libro de la vida* a seguir a pies juntillas la edición luisiana.

Sabido es que santa Teresa utilizaba una ortografía *sui generis*, de oídas, y que apenas puntuaba sus textos (cada 110 palabras aparece una barra oblicua que indica cambio de asunto o un punto que indica el paso de la prótasis a la apódosis entonativa). Y la *princeps* salió mal puntuada. Como sucede siempre en casos semejantes, cualquiera que pone la mano sobre el texto se cree autorizado a mejorarla. A veces, sin embargo, el intento no hace más que deturparlo toda-

vía más. Es lo que pasó primero dentro del taller y luego con las ediciones sucesivas.

Desde finales del siglo XIX, en que don Vicente de la Fuente llevó a cabo la primera edición crítica de las obras de Teresa de Jesús, y asignando indebidamente a fray Luis de León las funciones que hoy corresponden a un editor, se venían atribuyendo al ilustre agustino la fijación de la ortografía y puntuación de la *princeps*.

Con un conocimiento profundo del comportamiento de la puntuación en los impresos del Siglo de Oro y con la posibilidad de consultar con toda comodidad el autógrafo del *Libro de la vida* gracias al perfecto facsímil que publicó en 1999 el padre Tomás Álvarez, el editor estudia primero la ortografía y la puntuación en los manuscritos y en los impresos tanto de santa Teresa como de fray Luis de León, y concluye que las de la edición príncipe no se corresponden con una ni con otra, sino que obedecen a los usos y costumbres del taller de Guillermo Foquel y del personal que en aquel momento componía su plantilla: en la ortografía y en la puntuación de aquella primera edición tuvieron que ver, en proporciones diversas, el corrector de imprenta, el amanuense que preparó la copia en limpio, y los cajistas, que son quienes tienen la última palabra cuando un texto no les llega con perfección indiscutible (véase Fidel Sebastián Mediavilla, *Fray Luis y santa Teresa, imprentas y editores: cuestiones de ortografía y puntuación*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2010).

En la presente edición crítica del *Libro de la vida* se lleva a cabo una revisión de la puntuación deficiente que se arrastraba desde la *princeps*.

Con esta labor, se devuelve al texto el sentido originario en aquellos pasajes que los editores modernos pasaban por alto o anotaban como descuidos de la autora, que dejaría frases sin acabar o que no guardaría las concordancias exigidas entre sujeto y verbo, y sería culpable de otros anacolutos. Esta voluntad de hacer justicia a la autora se ha visto recompensada con el hallazgo de erratas también morfológicas que impedían el sentido acabado de una frase y motivaron soluciones espurias del mismo fray Luis o de otros editores posteriores (véase, por ejemplo, 11.13, nota 46: se intentaba dar solución a una frase en que el verbo *consolamos* estaba en lugar de *consolarnos*; o 14.11, nota 41, en que se lee por primera vez *sacad* donde se venía titubeando entre *saca* y *sacan* sin acabar de dar el sentido a la frase; o 20.15, nota 49, donde *pena* no debe ser interpretado como sustantivo, sino como forma del verbo *penar*; una indubitable barra oblicua del autógrafo zanja de una vez la discusión sobre cómo se ha de leer el pasaje de 8.1 a 8.2, nota 2). En algunas ocasiones ha sido preciso identificar una pregunta con el correspondiente signo de interrogación (10.8 y 30.3), o cambiar este de lugar (22.6), o eliminarlo (22.15), o eliminar unos signos de admiración impertinentes (13.12). Estos, y muchas otras intervenciones en que mediante signos de puntuación intermedia o de paréntesis se estructura la frase de manera que sea más fácil comprenderla de una sola vez, se encuentran frecuentemente señaladas tanto en la profusa anotación a pie de página como en el abundante aparato crítico.

Otra de las aportaciones de esta nueva edición del *Libro de la vida* va en la misma dirección de devolver al texto toda su nobleza, rehabilitando

a su autora de la creciente imputación de vulgarismos. Santa Teresa no es, ni pretende ser, una autora culta, pero en modo alguno se muestra en el escribir menos cuidadosa que en su manera de presentarse o de actuar. Escribe, cierto, como habla (en la medida que esto es posible); su modo de redactar no tiene nada que ve con el de los escritores academicistas, pero sus modismos, cuando los utiliza, tienen siempre el refrendo de la literatura que producen por sus mismos años escritores como Cervantes o el autor del *Lazarillo* o toda una pléyade de soldados narradores. Gracias a las facilidades que proporcionan los modernos bancos de datos y los buscadores de Internet, Fidel Sebastián aporta en los casos referidos pasajes paralelos de autores de finales del XVI o comienzos del XVII que autorizan los empleos de la santa.

Nunca, por otra parte, se había anotado tan abundante y oportunamente todos los pasajes donde el lector necesita guía para acabar de entender en toda su extensión los aspectos históricos, filológicos, culturales y espirituales inherentes el texto. La doble anotación (al pie y en apartado propio) permite que el lector común no se embarace más de lo necesario en la lectura con notas indeseadas, y que el erudito encuentre toda la información actualizada en las Notas complementarias, en el Aparato crítico y en los Estudios, Anexos y Apéndices, así como en la Bibliografía

Muy de agradecer es la paciente anotación que remite a los lugares a donde la autora con tanta frecuencia se refiere: “como ya he dicho”, “como diré adelante...”, así como todas las citas directas o indirectas de sus lecturas.

Gran utilidad ofrecen, finalmente, para uno y otro tipo de lectores, unos completos Índices, onomástico y de notas. ■